

«hubieran disuadido de su proyecto. Se dejaron ver varios italianos que corrian armados y á caballo por las calles, después de haber abierto sus casas para que sirviesen de asilo á los que temian la dicha de salvarse con la fuga.»

La corte habia pensado únicamente en deshacerse de sus enemigos; y á su ejemplo aprovechaban la ocasion las turbas para hacer otro tanto.

La Saint-Berthélemy es un crimen contra la humanidad como las jornadas de setiembre de 1792, como las inmersiones de Nantes y como todas las ejecuciones revolucionarias. Existe una paridad atroz entre todos estos crímenes; porque ¿no se ha pretendido siempre y en todas partes que era preciso permitir al pueblo que saciase su venganza? La Religion está tan inocente de la carnicería ejecutada el dia de san Bartolomé, como la verdadera y justa libertad debe estarlo de toda esa serie de atentados republicanos que duraron mas de treinta meses: puesto que la libertad y la fe no necesitaban erigir un trono de cadáveres para consolidar su poder.

Ha habido mucha variedad sobre las causas que determinaron la ejecucion de la Saint-Barthélemy, así como acerca del número de calvinistas que perecieron en Paris y en las provincias<sup>1</sup>, haciéndole unos ascender hasta cien mil, al paso que otros solo fijan el de diez mil. El *Martirologio* que publicaron los herejes en 1582, y al que la historia puede prestar únicamente una confianza relativa, el número de los asesinados, en todos los pueblos en que se dejó sentir la reaccion, asciende únicamente á quince mil ciento setenta y ocho. Con respecto á este cálculo, exagerado tal vez, porque los partidos, que se ostentan siempre inexorables en sus venganzas, abultan indudablemente sus calamidades con

<sup>1</sup> Hubo tan poco acuerdo en las medidas que se supone fueron tomadas por la corte para que se pasasen en el mismo instante á cuchillo á todos los protestantes del reino, que ni aun se sabe de cierto las fechas de los dias en que se realizaron los asesinatos en las provincias, y mas bien parece la reaccion haber sido efecto de odios particulares, que de órdenes emanadas de Paris. En general la provincia se conforma mas estrictamente con las que le dirige la capital. En Meaux ocurrieron los asesinatos el 25 de agosto; en la Charité el 26; en Orleans el 27; en Saumur y Angers el 29; en Lyon el 30; en Troyes el 2 de setiembre; en Bourges el 11; en Ruan el 17; en Romans el 20; en Tolosa el 23, y en Burdeos el 3 de octubre: ahora bien, ¿no excluye toda idea de complot urdido de antemano, esta diferencia de fechas?

el objeto de conmover mas los ánimos de las masas, se cuentan únicamente setecientas ochenta y seis víctimas designadas por sus nombres, siéndonos desconocidos los de los demás. La revolucion francesa, en que tan ardientemente trabajaron los Calvinistas, se portó mas en grande; puesto que reinó el orden hasta en los degüellos, y tuvo tiempo para anotar sus víctimas.

No tratamos de referir los pormenores de esta lúgubre jornada, una vez que no podemos intercalarla ni aun como un mero episodio á la historia de la Compañía de Jesús; únicamente se implicó en ella el nombre del P. Maldonado, y hé aqui con qué motivo.

Enrique, rey de Navarra, que dos dias antes habia contraido matrimonio con la hermana de Carlos IX, habia sido puesto prisionero en el Louvre, por orden del Rey en union del principe de Condé. El Rey queria impulsarle á hacer su abjuracion, y para dar á esta coaccion moral una apariencia de libertad, mandó llamar á Maldonado y á Rosier, ministro protestante convertido. Presentóse el Jesuita en el Louvre, donde únicamente resonaban los gritos de venganza. Pálido y trémulo este hombre de estudio y de discusion, acababa de atravesar aquella ciudad todavía humeante de la sangre vertida: escuchábanle sin contestarle el rey de Navarra y Condé, cuando Carlos IX exclamó en el paraismo de su cólera: «Ó misa, ó muerte, ó prision perpetua; escoged aquí « mismo.»

El jóven rey de Navarra que no tenia vocacion de mártir, aterrado con una amenaza que podia en semejantes circunstancias transformarse tan fácilmente en realidad, no vaciló; abjuró con los labios, por conservar una existencia que mas adelante salvó á la Francia de las convulsiones de la anarquía.

La posicion de los Países Bajos en aquella época tenia muchos puntos de contacto con este reino: esta comarca, siempre teatro de la guerra y dominada siempre, pero dispuesta frecuentemente á sublevarse, habia aceptado espontáneamente el gobierno de Carlos V, al paso que la era odioso el de su hijo Felipe; porque la Bélgica veía en Carlos un principe alemán, mientras que en su heredero solo descubria un español; título que bastaba para excitar su repugnancia. Felipe II conocia á fondo esta aversion; pero nada hizo para mitigarla. Monarca cuyas costumbres y carácter cuadraban admirablemente con el carácter y costumbres

de los habitantes de la Península, se ocupó únicamente en someter las provincias conquistadas al yugo de los españoles, que aceptaban con orgullo los beneficios y los empleos; y como tenía de su parte la fuerza, trató de intimidarles: pero estas amenazas no debían producir resultados favorables en unos ánimos tan mal dispuestos, como los de los Países Bajos.

Existía á la sazón un hombre dotado de todas las facultades que forman á los grandes políticos, y á cuyos ojos, á pesar de que su vida entera solo fue un cálculo, oponerse con el raciocinio ó con las armas á la omnipotencia de Felipe II, era sinónimo de agotar tarde ó temprano los recursos de los Países Bajos, asegurando de este modo la dominación extranjera. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, se había apropiado un papel más arduo; ó lo que es lo mismo, conspiraba por la independencia de su patria provocando las arbitrariedades. Católico en España, luterano ó calvinista, según lo exigían las circunstancias, exageraba las medidas que tomaba Margarita de Austria ó el cardenal de Granvelle, obedecía á la primera, y exigía de todos la misma obediencia: por último, sabía disimular con tanto arte sus designios, que el pueblo le apellidó el *Taciturno*, y á pesar de las adulaciones con que rodeaba al poder soberano, se había hecho en Flandes más popular que el conde de Egmont.

Vencedor en los combates de San Quintín y Gravelinas, era Egmont una de esas naturalezas expansivas que, ó se lanzan en medio de los partidos sin segunda intención, ó recogen una corona con la punta de su espada, ó mueren en un patíbulo con la gracia caballeresca de un héroe. Egmont seducía con el hechizo de sus modales; pero tan inconsecuente en su amistad como en sus odios, era á propósito para excitar un movimiento, aun cuando no hubiera quizá tenido bastante enlace en sus ideas para regularizarle.

Para alimentar la insurrección, era indispensable desacreditar la autoridad que se hallaba en manos del cardenal de Granvelle, y tal fue la idea de los Protestantes. El Cardenal era activo, elocuente, penetrador y resuelto; pero una altivez que rayaba en grosería empañaba el brillo de tan afortunadas prendas, y le hacía odioso á los sectarios. Como era hijo de sus obras, nada influían en su ánimo la cuna y las categorías, trabajando obstinadamente por aplicar á su sistema gubernamental el principio de

igualdad que le había elevado á la púrpura. Pero este principio hería la susceptibilidad de aquellos aristócratas, que conservando aun reciente la memoria del feudalismo, no querían aceptar la ley, por la sola razón de que no eran ellos sus autores ó protectores, resultando de esta pugna una coalición á que Granvelle tuvo que sucumbir. Felipe II había tratado de aclimatar en los Países Bajos un sistema mixto de inquisición; ordenando, por un edicto promulgado en Segovia el 17 de octubre de 1565, « que la inquisición se hiciese por los inquisidores en la forma que hasta entonces se había hecho, y les pertenecía por leyes humanas y divinas <sup>1</sup>. » Los Católicos, á cuya cabeza se hallaba Viglio de Zúychem de Ayta, presidente del Consejo de Estado, apelaron de esta medida al mismo Felipe; y Guillermo de Nassau, que se oponía al dictámen juicioso del apelante, arrastró al Monarca á emplear medidas más severas.

Pocas semanas después estalló la guerra de los Pordioseros, ó *Gueux* <sup>2</sup>.

Era tal el desencadenamiento de las pasiones, que Felipe creyó oportuno aflojar un poco en sus medidas de rigorismo, y trató de hacerles algunas concesiones. Empero el príncipe de Orange no quedaba satisfecho con semejantes paliativos. Indiferente á toda religión, empleaba, no obstante, el móvil religioso para la consecución de sus planes; aconsejaba la persecución, para que los perseguidos tuviesen un pretexto de recurrir á las armas, y poder ostentarse de ese modo con toda seguridad como el jefe y motor de una revolución evocada por él. Los Luteranos de los Países Bajos se coligaban con los Calvinistas franceses ó ingleses;

<sup>1</sup> Vander Vynkt, II parte, § V.

<sup>2</sup> Hallábase dando audiencia la Archiduquesa gobernadora, el día 5 de abril de 1566, á los señores coligados contra el monarca español, quienes empezaron á desfilar de dos en dos por delante de ella en número de cuatrocientos. Cuando llegó su turno á los condes de Brederode y Luis de Nassau, que cerraban la marcha, protestaron al hallarse enfrente de Margarita, contra la Inquisición y sus edictos: observando el conde de Berlaumont que se había asustado la princesa al ver tal reunión de confederados, exclamó: « Tranquilizaos, señores, no son más que una tropa de pordioseros. » No tardaron aquellos en recoger el guante aceptando la última palabra como emblema de confederación; vióseles aparecer por las calles con un traje análogo á este título; vestían una especie de sayo de paño burdo; llevaban al hombro unas alforjas de mendigos y una medalla al cuello con esta inscripción: *Fieles al rey hasta la alforja*. Tal es el origen de ese nombre de *Pordioseros*, que tanto eco ha hecho en la historia.

puesto que como ellos abrigaban ideas republicanas, porque á ellas conduce inevitablemente la doctrina del libre exámen, y en las *Memorias de Sully* se halla muy claramente indicada la traza de semejantes ideas. «Hase creído, dicen, que la sublevacion de los «Países Bajos contra la España, el haber sostenido contra ella «una guerra de diez años, y la formacion de su plan de república, que consiguió al menos una parte de su efecto, son cosas «debidas todas á los consejos que Coligny dió al príncipe de Orange; pero hay motivos fundados para creer que el mismo plan «hubiera intentado en Francia <sup>1</sup>.»

La república era la consecuencia precisa de esos pactos secretos entre los disidentes de las diferentes naciones; pero la Saint-Barthélemy vino á aplazar indefinidamente un proyecto, por cuya realizacion trabajaban de consuno todas las cabezas volcánicas, todas las imaginaciones divagadoras, y todos los creadores de utopías. La guerra al catolicismo era su grito de guerra; y aunque trataban de confederarse en Europa contra el principio de unidad en la creencia, se los descubre, no obstante, en la misma época armando al turco, y estimulándole á ensayar una diversion en favor de los sectarios.

Existia en lo interior del serrallo de Constantinopla un judío, que después de haber oprimido á todos los Estados de Europa y preparado el incendio del arsenal de Venecia, habia buscado un asilo en el Bósforo. Este judío se llamaba Juan Mich, y haciéndose el traficante de los placeres de Selim, adquirió tal ascendiente en su confianza, que llegó hasta iniciarle en los secretos del Divan. Los diferentes cómplices, ya luteranos ó anabaptistas que habia tenido Mich en muchas ciudades, con el objeto de que le ayudasen en sus exacciones, conservaban con él una especie de asociacion usuraria y criminal, que empleaban contra la sociedad religiosa y monárquica. Teníanle aquellos al corriente de sus maquinaciones y cábalas, y este escribia desde Constantinopla á los revolucionarios de Amberes <sup>2</sup>: «Apresuraos á realizar la conspiracion tan generosa y esforzadamente tramada contra los Católicos: el Emperador está haciendo grandes preparativos, y en «breve las armas de Mahoma darán tanto que hacer á Felipe, que «no le quedará tiempo para ocuparse de Flandes.»

<sup>1</sup> *Memorias de Sully*, tom. I, lib. I, pág. 42, notas.

<sup>2</sup> *De bello Flandrico*, por Fabian de Strada, tom. I.

La guerra de los Pordioseros era mas bien una revolucion que no una reaccion; esto fue lo que no llegó á comprender Felipe á pesar de su perspicacia, y una de las mayores faltas de su reinado. Carecia el Monarca de la espontaneidad necesaria para adoptar un partido; reflexionaba, desmenuzaba sus planes, y contaba demasiado con las medidas de coaccion, sin pararse á contemplar que la verdadera política de un monarca consiste mas bien en precaver el mal que en reprimirle. Ya se habia dado la señal: Luteranos, Calvinistas y Anabaptistas; los partidarios, en fin, de todas las sectas ó creadores de todos los dogmas, se diseminaron por los campos, predicando al pueblo la doctrina de la inmortalidad y la igualdad de bienes, y sublevando con sus arengas al populacho, que se lanzaba á guisa de un torrente á las armas, dejando en pos de sí, como vestigios de su paso, la profanacion, el pillaje y asesinato.

Los Jesuitas habian quedado extraños á todas las agitaciones precursoras de la tempestad: en España habian rehusado ejercer el cargo de inquisidores; en los Países Bajos ni aun tuvieron que tomarse la molestia de la repulsa: concentrábase su accion en lo interior de sus colegios de Amberes y de Tournai, y consagrados únicamente á la paz y al orden, se ocupaban exclusivamente en recomendar ambas cosas. Sus casas, no obstante, debian ser saqueadas por los Protestantes que hacia ya mucho tiempo aspiraban á envolverlos en la comun ruina. Acababan estos de hacer un llamamiento á la fuerza bruta, á que contestaron los miserables de todas las naciones con el sacrilegio y el asesinato <sup>1</sup>, seguros como estaban de que la mano de una mujer era demasiado débil para contener estos desórdenes; mas no tardó en presentarse en Bruselas D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, en calidad de gobernador en los Países Bajos.

Gran capitán y profundo político, aunque dotado de un corazon de bronce, ostentaba el duque de Alba en cada acto de su vida, la severidad con que gobernaba su ejército. Para todo y en todo era implacable, porque conocia que los resortes de la autoridad se enervaban en manos de la herejía, y tributaba á la autoridad una especie de culto, que todos debian venerar ó morir. Un carácter de este temple lanzado en medio de semejantes di-

<sup>1</sup> Schiller hace una horrible descripcion de estos sucesos en la pág. 310 y siguientes.

sensiones, no podía amalgamarse de ningun modo con las débiles medidas de Margarita: los Protestantes habian conseguido alejar del mando al cardenal de Granvelle, y Felipe II les daba en cambio por gobernador al duque de Alba; ese hombre, cuyo rostro impasible no descubrió jamás una emocion de placer, de dolor ó temor, y que inauguró su poder haciendo caer las cabezas de los condes de Egmont y de Horn, jefes principales de la insurreccion. Fueron estos presentados ante el consejo de los disturbios políticos, que apellidaba el pueblo el consejo de la sangre, y el 5 de junio de 1568 perecieron en el patíbulo á manos del verdugo: aprovechándose en seguida el español del terror que inspiraba su nombre, resolvió marchar contra los Pordioseros que mandaba Luis de Nassau, ganándoles el 21 de junio la batalla de Jemminghem.

Este sistema de cruel y aterradora justicia, empleado en nombre de Felipe II, no merecia en manera alguna la aprobacion de los Jesuitas; porque sabian muy bien, que es tan perjudicial el exceso en el rigor como en la debilidad; contentábanse, sin embargo, con permanecer meros espectadores: mas luego que vieron que la batalla de Jemminghem habia enseñado á los Pordioseros á mostrarse mas circunspectos, no quisieron abandonar á merced ajena los colegios que habian fundado; y esperando por otra parte poder dirigir algunas palabras de reconciliacion á aquellos partidos exasperados, volvieron á ocupar sus antiguas casas.

Un año antes habia fundado Felipe II una universidad en la ciudad de Douay, donde los Padres poseian un colegio. Pero como para un claustro venian á ser los Jesuitas unos adversarios terribles, cuya vecindad era peligrosa, la mencionada universidad, que tenia por otra parte el ejemplo de sus hermanas la de Paris y Lovaina, deseó aprovecharse de él; y tanto para darse cierta tintura de imparcialidad, como para destruir la competencia, propuso á los Padres que aceptasen su enseñanza; oferta que admitieron gustosos. Sin embargo, si se ha de dar crédito á los anales de aquella<sup>1</sup>, no hubieran sido admitidos en su seno los Jesuitas, á no haber aceptado algunas condiciones de las que vamos á referir las mas importantes: 1.º se obligaban los Padres bajo la fe del juramento á observar los Estatutos y leyes de la universidad; 2.º se comprometian tambien, conformándose con el uso estable-

<sup>1</sup> Ex fastis Academiae Duacensis.

cido, á exigir á sus discípulos una retribucion, conocida en Flandes bajo el nombre de *Minervalia*.

Esta última condicion se halla en evidente desacuerdo con el modo de enseñar recomendado por las Constituciones de la Orden. El Jesuita debe instruir á todos con la absoluta prohibicion de aceptar honorario alguno, sea cual fuere la forma en que se pague. Para los que conocen el respeto con que todos los individuos de la Sociedad acatan el menor precepto de su regla, no debe causar extrañeza que se negasen á admitir esta innovacion, ni aun de un modo indirecto; antes bien los Jesuitas rehusaron constantemente someterse á ella, cuando por un hábil cálculo trató de imponérsela el rector de la universidad. Respecto á los demás Estatutos y leyes que trataban de hacerles adoptar con tanta premura, contestaron que los estudiarian y consultarían á su General, por ver si contenian alguna cosa en contrario de los privilegios de su Instituto. Semejante prudencia desconcertaba los planes de la universidad, que después de haber observado la inutilidad de su astucia y de sus ruegos, se decidió á recurrir á la violencia, meditando un golpe funesto contra la corporacion naciente.

El 18 de octubre de 1567, dia en que se inauguró la apertura de las clases, puso entredicho al colegio, resuelta á no levantarle hasta que hubiesen prestado los Padres el juramento.

Aunque agobiados estos bajo el peso de esta excomunion escolar, no quisieron apelar á la fuerza ni á las pasiones; los religiosos de la Orden de san Benito, que habian cedido el colegio á la Compañía de Jesús, se conformaron en union de los miembros de la universidad, en que pasase el asunto á ser juzgado por el Papa; y el 13 de noviembre de 1568 apareció un breve pontificio dispensando á los Jesuitas del juramento que le exigia aquella, y conservándoles la facultad de enseñar gratuitamente.

El duque de Alba con sus medidas de rigor únicamente logró comprimir la insurreccion por un tiempo: la muerte de D. Carlos, á quien los belgas suponian favorable á su causa, y que creian habérsela dado por este motivo, y el decreto expedido entonces por el Santo Oficio de España, declarando criminales de lesa majestad divina y humana á los apóstatas, rebeldes, sediciosos, y aun á los Católicos que no se opusiesen á las empresas de los Luteranos; todo esto produjo una efervescencia extraordinaria. El príncipe de Orange creyó llegado el momento oportuno de obrar,

y en 1570 se puso á la cabeza de los confederados: existían ya los Pordioseros de tierra, y quiso también que los hubiese de mar. Guillermo de la Marck, conocido bajo el nombre de Jabalí de Ardenas (gran bosque entre Namur y Luxemburgo), estaba á la cabeza de aquellos corsarios, cuya intrepidez no hará olvidar sus excesos. El duque de Alba mataba con la ley en la mano, al paso que los Pordioseros incendiaban, saqueaban y degollaban á merced de su rapacidad y venganza, sin que interviniesen en nada la Religión ó la patria, porque estos dos nobles instintos eran reemplazados por las pasiones salvajes.

La ciudad de Malinas habia caído en poder de los Pordioseros; y vuelta á tomar por los españoles, después de haberla saqueado se apoderaron de todo el botín que los sitiados habian dejado en ella: botín inmenso, que pasaron á vender los soldados á la ciudad de Amberes, donde acababa de ser destruida por los confederados la casa de los Jesuitas. Luego que supieron estos los desastres que habia sufrido la ciudad de Malinas, olvidando sus calamidades personales por acordarse únicamente de las ajenas, comisionaron al P. Trigosio para que excitase la caridad pública en favor de aquellos infortunados. Este, después de haber fletado y cargado de provisiones un buque, se hizo á la vela en dirección de la desolada ciudad, donde persuadió á unos ricos comerciantes que comprasen á los españoles los mas preciosos despojos para devolvérselos á sus propietarios, ó distribuírseles á los pobres, si aquellos no parecían. El cardenal de Granvelle, arzobispo de Malinas, dió á Trigosio las gracias por la caridad que habia desplegado en favor de su grey; mas no se mostraron tan equitativos los herejes. Los habitantes de Malinas habian sido socorridos por los Jesuitas, sin distincion de cultos ni de partidos; y esto bastó para que los acusasen de haber vendido en provecho suyo la parte del botín que les habian confiado los españoles, invirtiendo su producto para reedificar con mayor magnificencia que antes su casa de Amberes.

Quesnel encarece aun mas esta relacion; y para demostrar la rapacidad de los individuos de la Compañía, trunca del modo siguiente el texto de la historia de Sachini:

«Así es, dice el Jansenista<sup>1</sup>, como estos Padres, á ejemplo de

<sup>1</sup> *Historia de los religiosos de la Compañía de Jesús*, tom. III, lib. VIII, pág. 314 (edic. de Utrecht, 1741).

«los malos sacerdotes de Israel, de quienes habla un profeta, se engordaban con los crímenes del soldado y con la miseria del pueblo; injusticia tan tiránica é indigna, que su mismo historiador, después de haberla dado un giro mas fabuloso, se ha visto precisado á convenir en que este hecho perjudicó mucho á su reputacion. Afirmábase públicamente, dice, que el pillaje de la ciudad de Malinas nos habia provisto de lo necesario para edificar nuestra casa de Amberes; y anduvo tan válida esta opinion, que cuando vino Requesens á suceder al duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos, se daba por cierto en todas partes, que el dinero que habíamos sacado de ellos nos habia servido para granjearnos el favor y el crédito que nos manifestaba este caballero.»

Sin duda estaba distraído Quesnel, ó con sus ojos de jansenista dejó de ver lo que añade el historiador Sachini; pero nosotros, que solo tratamos de indagar la verdad y no adulterar el texto, hemos visto que añade en seguida: «Ejemplo notable de la malignidad y perversidad humana, que nada encuentra de bueno «y virtuoso que no lo atribuya á mala parte.»

El escritor jesuita niega el hecho, y el jansenista le obliga á corroborar con su autoridad la impostura que aquel combate.

Entre tanto llegó Francisco de Borja á Roma, el 28 de setiembre de 1572 en un estado de salud desesperado. Los espectáculos de desolacion y de luto que habia presenciado durante su viaje, afligian su corazon hasta el punto de hacerle repetir muchas veces aquella lamentacion del profeta Elías: «¡Señor, los hijos de Israel han renunciado á vuestra alianza; han demolido vuestros altares, y pasado á cuchillo á vuestros Profetas!» presentándosele donde quiera espectáculos de asesinatos, de sacrilegios y de sangre. Acogido por todos los Soberanos con un piadoso respeto, parecia sacar aun fuerzas de su misma humildad para sustraerse á las demostraciones de que era objeto. El duque de Saboya le detuvo á su paso por Turin, y el duque de Ferrara Alfonso de Este, sobrino suyo y protector del Tasso, prodigó al Religioso las mayores pruebas de afecto: pero el General de los Jesuitas, que sentia próximo su fin, solo manifestaba un deseo; el de morir en medio de sus hermanos en aquella misma casa en que Loyola y Laynez habian exhalado el último suspiro. El cielo escuchó su voto: Francisco volvió á ver la capital del mundo

cristiano, donde, en el conclave que se habia reunido á la muerte de Pio V <sup>1</sup>, habia sido pronunciado su nombre como el mas digno sucesor que podia darse al Pontifice cuyo amigo era.

Para no distraer sus últimos momentos, se le ocultó aquel honor supremo que le perseguia hasta la tumba, y el 1.º de octubre de 1572 espiró pronunciando una última súplica por la paz del mundo cristiano y por la Compañía de Jesús. Las lágrimas que derramaron los Padres en derredor de su lecho de agonía secáronse en el mismo instante que pasó á ser un cadáver. El hombre habia desaparecido, y ya no quedaba mas que el santo. Agrupóse la ciudad toda en derredor de aquella tumba que se transformaba en altar; los prelados, los príncipes y aun los mismos cardenales, impelidos por un sentimiento de religiosa admiración, se llegaron á besar los pies de aquel Jesuita, cuya vida y muerte no habian sido mas que un himno á la gloria de Dios.

<sup>1</sup> Pio V falleció el 1.º de mayo de 1572. «Su mayor elogio, dice Voltaire, vióse en Constantinopla mismo, donde se celebró su muerte con regocijos públicos.» (*Ensayo sobre las costumbres*, pág. 383, tomo X de sus *Obras completas*).

## CAPÍTULO XII.

Lo que hizo san Francisco de Borja en favor de las misiones. — Mision del Brasil. — Peste en Santo Espiritu. — Divisiones entre los portugueses apaciguadas por el P. Grana. — El P. Acevedo visita la provincia del Brasil. — Su regreso á Europa. — Sus hechos en Roma. — Vuelve al Brasil. — El corsario calvinista Jaime Sourie. — Martirio de cuarenta Jesuitas. — Muerte de Acevedo. — El corsario calvinista Capdevila y los Padres. — El Jesuita José Anchieta y los salvajes. — Muerte del P. Martinez en las costas de la Florida. — Los Jesuitas en la Florida. — Carácter y costumbres de los naturales. — Los Jesuitas en el Perú. — Bartolomé de Las Casas y los españoles. — El Padre Portillo en el Perú. — Triunfos de los misioneros. — Méjico y los Jesuitas. — Los mismos en las Molucas. — El P. Lopez en el archipiélago de Amboyna. — El Jesuita Mascareñas y los reinos de Sionis y Manada. — Los Jesuitas en el Japon. — Parangon de las misiones católicas y protestantes. — Macaulay y Lamennais. — Los PP. Villela y Froes. — Revolucion en Meaco. — El P. Almeida en Goto y en Xiqui. — El P. Valla. — El neófito Leon y los bonzos. — Contrarevolucion en Meaco. — Gratitud de los reyes. — El P. Cabral visita la provincia del Japon. — Progresos del catolicismo y de la civilizacion en este imperio.

Al examinar estos siete años del generalato de Francisco de Borja, pudiérase muy bien presumir que no bastaron los dias de su existencia para llevar á cabo tantas cosas; y sin embargo, no fueron únicamente las necesidades morales de Europa sobre las que vigilaba con tanto celo. Además de la direccion que debia dar á cada uno de los Jesuitas esparcidos por los diferentes reinos católicos, en abierta lucha con las poblaciones infectas ó amenazadas de la herejía, se habia impuesto Francisco otras ocupaciones mas arduas: no se limitaba su celo á las regiones del continente, demasiado estrechas para el entusiasmo de sus hermanos; habia millares de ellos dispuestos á enseñar, y prontos á arrostrar los peligros que los Luteranos y Calvinistas les suscitaban á cada paso, y anhelaban otros por lanzarse á la conquista de los países infieles. Ignacio de Loyola y Laynez habian desarrollado en el corazon de los Jesuitas el instinto de la salvacion de las almas, y Borja trataba de conservar lo que habian hecho sus predecesores, y aun engrandecerlo, estableciendo nuevas misiones en la